

de una vez? Quedaremos sin glorias, pero con vida. ¿Qué no se darán cuenta que estamos ya al borde de la hecatombe? ¡Ay, Dios mío!, ¿por qué no nací hombre? Con ser mujer, apenas si me queda el recurso de la oración...

Y casi llorando se retiró a su alcoba para seguir rezando.

Yo no dije nada, pero al quedarme solo pensé que sería terrible si las cosas sucedieran como ella cree. ¿Qué me estará contagiando de sus temores? Mas nadie puede negar que ya el "enemigo" está a las puertas y ha tomado posiciones, y puede que de pronto, irreflexivamente, como en tiempos atrás, se lance al asalto. Y ya hasta creo oír el rugir de los cañones y el silbar de las bombas, entre el grito de dolor de los heridos, y ver asomar, por último, sobre las techumbres rojas, cientos de trapos blancos agitados nerviosamente... Pero, ¿será posible? ¿Podría verse tal cosa en nuestros días de luz? La opinión mundial, ¿aún no vale nada? El poder moral de los pueblos, ¿no es todavía poder? "Los hombres siguen siendo los mismos", había dicho ella. ¿Deberé creerlo? Recordé que uno de aquellos portavoces se había expresado así: "¡Adelante, aguerrida Albión, a regañar de una vez por todas esa osadía chapina, y sepa el mundo que nadie puede impunemente entrometerse en los asuntos privados de la Corona!". Pero ¿acaso no nos hemos jactado hasta la saciedad de nuestra civilización, de nuestra cultura, y de haber hecho una nueva evaluación de la importancia de los efectos humanos en todos los aspectos de la vida? ¿Seguirá siendo el hombre, a pesar de tales conquistas, inconsciente carne de cañón?... Y si ésta es la verdad, ¿quién lo podrá remediar? ¡Dios santo, cómo lamento haber olvidado el modo de rezar! ¡Quién fuera mujer!...

P. S. La abnegada señora vino a decirme hace un momento que la mesa está servida, y que me ponga a comer sin esperarla a ella. ¡Pobrecita! Tenía los ojos rojos.

Hora: 17.00

La tarde en esta casa ha sido peor que un velorio. Más no sólo en esta casa: en toda la ciudad, y supongo que en todo el país. No se escuchan sollozos, pero el aire tiene sabor de lágrimas y suspiros. La ciudad está quieta, pero es una quietud trágica y con la respiración en suspenso, como en la víspera del 22 de diciembre. La calle, que ví al asomarme a la ventana, está desierta: nadie interrumpe el pesado silencio de sus frías baldosas. Y claramente se percibe, al lado de los suspiros, el monótono musitar de los rezos. Tras las voces del radio, y en el tic del reloj, oigo el bien conocido eco: "Padre nuestro que estás en los cielos..." La ciudad toda, y el país entero, es una sola iglesia, una inmensa catedral. Toda la gente estará concentrada en sus hogares y en Dios, para orar y ayunar. Los mercados estarán vacíos y las tiendas cerradas, pero los templos rebosando en creyentes. De la pieza contigua, que es la alcoba de la señora, me llegaba a veces su triste y fervoroso monólogo: "Santa María madre de Dios..." Me doy cuenta que habría sido terrible para ella haber estado sola en días como éstos. Suerte que no la he abandonado.

Después del lunch, seguí atento al radio, dejando la siesta para otro día, pues ¿cómo tratar de dormir en hora tan lúgubre? Y, sintonizando una a una todas las estaciones posibles, pude enterarme de que el mundo entero se ha quedado pendiente del próximo paso que dará Inglaterra; sólo que ese mundo no está callado ni rezando, como estamos aquí, sino "con el mazo dando", vertiendo por sus difusoras sus pensamientos a torrentes y como lava de volcán, hasta poderse decir que ese mundo está en ignición. Ya no se escuchaban conciertos, ni bailes, ni teatro, ni siquiera anuncios comerciales. Todos los programas de tiempos arduos han sido hechos a un lado para dar lugar exclusivamente a las noticias, discursos y comentarios sobre la invasión pacífica de Belice. Y ¡el gusto que me daba que la inmensa mayoría de tales comentaristas, vale decir la inmensa mayoría del mundo

—ya el punteo es de 55 contra 19— concluían pidiendo Belice para Guatemala, llegando algunos hasta amenazar con el puño cerrado a Gran Bretaña que “intenta reconstruir su fenecido imperio a costas de la pequeña Guatemala”; y le recordaban que su dominación en aquel pedazo del terruño guatemalteco fué basado en la piratería de siglos pasados y que si ella, Inglaterra, pretendía ser distinta a la de entonces, debía “levar anclas y salir cuanto antes de esas aguas azules que no son suyas, a las que quiere teñir de rojo por su soberbia. Y en medio de tanto clamoreo, apenas son perceptibles las voces de los países que pertenecen al otro bando. Y esta oposición de opiniones es dable hallar hasta en la misma Inglaterra, y más aún: dentro del mismo parlamento, unos pidiendo que debe retomarse Belice “cueste lo que cueste”, y otros aconsejando prudencia y mesura, suscitándose entre ellos, según el vocero, “largos y acalorados debates en relación a la conducta que debe seguir el gobierno de Su Majestad con respecto a Guatemala”.

Y conforme las horas pasaban, el fuego del mundo crecía. Ya las llamas de sus clamores alcanzaban las zonas interplanetarias y hasta las interestelares, fuego que no pudo menos que confortarme. A su calor bienhechor, mi estado de ánimo empezó a mejorar y a resurgir poco a poco mi optimismo. ¿Por qué esperar que tal fuego pudiera ser apenas fatuo? ¿No estamos ya en el siglo XX?... Y en tanto los beliceños no cesan de improvisar ante el mocrófono sus más vibrantes y patrióticos discursos con los que contribuyen a conmover al mundo y que sólo interrumpen al tocar o cantar el himno de Guatemala, la radio guatemalteca sigue imperturbable, como ha de estar el arco de Año Nuevo, difundiendo música de ópera conforme a sus habituales programas culturales. Y en este momento —las 16 horas— que emitían el segundo acto de Fausto, de Gounod, fué que dejó su retiro la dueña de la casa, pera acercarse al radio. Toda ella inspiraba serenidad, pese a las huellas que el llanto imprimió en sus ojos. Al sentarse y ver que era la estación nacional la que difundía esa música, observó

—Con que no ha pasado nada todavía.

Yo le repuse:

—Si se refiere a los ingleses, no ha pasado nada, señora. Aún estan discutiendo qué partido tomar. Pero si usted alude al resto del mundo, allí si está pasando algo: se están quemando en afán de ayudar a Guatemala.

—¿Cree usted, pues, que no habrá guerra?

—Sí creo. El mundo entero, con muy pocas excepciones, está con nosotros y metiendo tanto ruido como para despertar hasta las piedras, y dudo que Inglaterra se atreva a ir más allá.

—¿Dice usted que duda?

—¡Oh, perdón! Quise decir que creo, que estoy seguro de que Inglaterra será detenida en sus iniciales impulsos. ¡Si viera cómo está el mundo! Todo él arde con fuego nunca visto, hasta formar una como cortina de llamas protectoras en torno a Guatemala. Si aquélla diera un paso más, se quemaría algo más que las pestañas. Y ella bien lo sabe, y por eso vacila... ¡Ah, señora!, el mundo todo, ya no es sólo Belice, es de Guatemala!

—Consuelo. —Dijo con cierta sonrisa—. Usted es un buen consolador.

—Dispense, pero ahora no estoy tratando solamente de consolarla: estoy ciñéndome estrictamente a la verdad.

—¿A la verdad de qué: de lo que usted siente? — Y sin esperar respuesta, continuó:— Pero tal vez tenga razón. La flota inglesa lleva más de cuatro horas de estarse allí, y todavía no ha presentado ningún ultimátum.

Con efecto. Y piense ahora que por cada minuto que Inglaterra permanezca inactiva se robustece la posición de Guatemala, haciéndosele a aquélla cada vez más difícil salirse con la suya:

—¿Quién sabe? Podría ser después de todo, pero...

—Hizo una pausa, y preguntó:— ¿Quiere que le diga lo que estoy pensando? Yo creo que hubiera sido mucho más sencillo y seguro, y con menos dolores de cabeza para nosotros, si en vez de haber hecho esto abiertamente y asumiendo toda la responsabilidad, el gobierno se hubiera contentado con armar por debajo a los beliceños, como se acostumbraba en todas partes, limitándose éste sólo a la parte de propaganda que de todos modos le tocó

desempeñar; pues así no hubiéramos caído en esta desesperación en que estamos, y que será peor si la invasión fracasa. ¿Qué dice usted?

—Yo siento de veras contrariarla, pero si usted quiere mi franca respuesta, debo decirle que el armar subrepticamente a los pueblos para hacerlos luchar entre ellos o contra sus propios gobernantes mientras el promotor se lavaba las manos maquiavélicamente, fué, como usted bien dijo, procedimiento del pasado, cuando existían traficantes de guerra y hasta contrabandistas en equipos bélicos cuyo negocio les reportaba pingües ganancias, porque era tanta la ignorancia del mundo que, con tal de matar, no importaba ser matado, máxime que se juzgaba honorífico ser inmolado en el “sagrado altar de la patria”, aunque no se tuviera idea de la verdadera razón de tal inmolación, y cuando los gobiernos gastaban sumas fantásticas en inventar y preparar artefactos de guerra cada vez más mortíferos, y nada en eliminar las, sustancias viciógenas y menos aún en educar al hombre según la dualidad de su naturaleza: gobernantes que debieron ser seleccionados entre los más ancianos y decrepitos para que no pudieran pasarse del período constitucional para el que eran electos. Pero hoy la cosa ha cambiado, y es hasta difícil hallar un centenar de hombres en ningún pueblo que estén dispuestos a disparar contra otros hombres, aunque éstos fuesen de otra raza, salvo que para ello se empleasen criminales profesionales; así como es difícil encontrar hoy un gobernante que aceptara constituirse en opresor de su pueblo. Aquella misma dificultad la encontraríamos entre los beliceños, a despecho de todo el amor que sienten por Guatemala, sabedores no sólo de que un puñado de hombres no resistiría ni dos horas contra una Gran Bretaña que entraría en el territorio a imponer el orden con el justo derecho que le daría una provocación de esa clase, sino además, y en primer lugar, sabidos de que el mundo, aparte tal vez de algunos países de este mismo continente, se quedaría indiferente pese a toda la propaganda que pudiera hacer Guatemala, no porque a dicho mundo le importara nada la suerte de otros pueblos —que ya todo el

mundo empieza a interesarse en la felicidad de todos—, sino porque se pondrían en el lugar de Inglaterra, dado que nadie gustó jamás aceptar agresiones o imposiciones ni en broma. Todo esto lo sabían bien los de nuestro gobierno, y por eso, lejos de lanzarse con esas viejas armas que fueron siempre como las almaradas: de dos y hasta de tres filos, y con las que las conquistas resultaban ser más bien derrotas y las glorias descréditos ante la historia, para poder decirse con el antiquísimo proverbio castellano: “El vencido vencido, y el vencedor perdido”, lanzaron ésta otra que si era conocida desde antiguo es moderna en su aplicación, porque sólo en un mundo maduro como el que vivimos podía usarse, arma que se llama “opinión pública”, con la cual los mismos fracasos resultan éxito al aceptarse aquéllos como tales por ser el campo de batalla la conciencia misma de la humanidad.

—Comprendo. Usted me quiere decir que las luchas de hoy día vienen a ser como las electorales en un país democrático, en las que el candidato vencido felicita siempre al otro que triunfó, quedando como buenos amigos.

—Exacto. Ahora todas las disputas y contiendas son ajustadas en un plano superior, a modo que en ningún caso pierdan su naturaleza de humanas; y esto ha tomado muy en cuenta este gobierno, pues su gesto ha sido el mismo que el de someter su histórico controversia al arbitraje universal en el que todas las naciones han hecho uso de su voz o, lo que es igual, de su voto. Ahora ya puede usted ver que sólo el haber logrado Guatemala alinear en su favor a tantos pueblos, es ya un legítimo triunfo suyo que la enaltece aun en el improbable caso —improbable porque nobleza obliga— de que Inglaterra se echara por la calle de en medio.

—Así debe ser —dijo pensativa—, aunque todo eso es suponer que los indios son sabios y que ya echaron hasta colmillos. Sin embargo, seducen tanto sus ideas que convidan a creer en ellas, con todo y saberlas utópicas. En mi defensa debo decirle que el haber recordado procedimientos que usted juzgó en desuso, se debió seguramente a un libro que aún no he terminado de leer

y que trata del siglo XIX, mundo el cual abundó en métodos semejantes al que le mencioné, hasta batir el récord de guerras mundiales. Sin duda que ese libro me envenenó la mente al hacerme suponer que seguíamos todos viviendo en aquel siglo. No había caído en que las fecundas por dolorosas experiencias sufridas en tantísimos campos de batalla que usted citara, pudieron al fin haber enseñado a las naciones a ser honradas siquiera por su propia conveniencia, aunque esto no lo dice el libro. Pero es lógico deducir que si las cosas son como las estamos suponiendo e Inglaterra se encaprichara y no cediera, como en los tiempos leoninos, las cosas se quedarían como estaban y aquí nadie perdió nada, excepto la Inglaterra, ¿verdad?

—¡Admirable!

Ella, que aún ignora que dicha exclamación es mi favorita, me preguntó:

—¿Qué es lo admirable?

—Pues, señora, la deducción que usted ha hecho.

Sonrió al fin para decir:

—Sí. sucede que su "teoría" es peligrosamente contagiosa, hasta haberme hecho olvidar por un momento la realidad misma. Porque debo decirle que estamos discutiendo en terrenos hipotéticos, y que aquéllos siguen siendo hombres en cuya humana naturaleza no dejo de seguir teniendo "fe", mientras no me convenza de lo contrario. Es por eso que me creo en el deber de seguir esgrimiendo la única arma con que contamos los creyentes, pero también la más poderosa. Ya sabe que me refiero a la oración. Deberé seguir, pues, pidiendo a Dios que libre a los hombres de su proverbial naturaleza, siquiera por el día de hoy, y pueda su amable teoría tener plena realización en este mundo.

Y así diciendo se levantó y se dirigió a su aposento. Ya al entrar en él se volteó a decirme:

—Le ruego que si ahorita llega a ocurrir lo peor, dé un golpe en esta puerta. Con eso yo sabré que debo seguir rezando de rodillas...

Luego cerró aquélla, no sin antes haberme dejado

ver al lado de su cama un pequeño altar iluminado con candelas, y, al frente, un reclinatorio.

Pero no obstante su reiterada desconfianza en el natural de los hombres, que la hacía ironizar, he creído comprender que ahora ha sustituido con la duda su abierta incredulidad de antes, como si su escepticismo de hoy obedeciera al fenómeno psicológico bien conocido por el cual, teniendo en el espíritu de ambas cosas: fe y desconfianza, aplicados al mismo sujeto, afirmamos sólo la segunda, relegando la fe a un rincón de la subconsciencia; con lo que nos resistimos voluntariamente a creer que pueda suceder eso que precisamente deseamos más, y que, si al fin sucede, seguimos oponiéndonos a creerlo temiendo ahora ser víctimas de un engaño. Mas, por lo que a mí toca, estoy seguro que de golpearle esa puerta será para darle la mejor de las nuevas: el triunfo de la causa chapina.

Pero de veras que fué suerte el que no me haya preguntado por qué una invasión como ésta, caballerisca, etcétera, no pudieron haber planeado ni ejecutado los ladinos de ningún tiempo; pues, ¿qué le hubiera contestado?

Hora: 20.00

El último boletín de la tarde trajo muy pocas novedades; sin embargo, puso de manifiesto que doña María aprendió ya a escuchar o a guiarse más por lo que dicen las difusoras nacionales que por todas las otras del extranjero, lo cual es como decir que su fe en el triunfo y en los hombres de este gobierno empieza a adquirir personalidad.

Ella había llegado con ligera antelación, sentándose en silencio y sin apartar sus ojos del radio. La Voz de Guatemala había terminado la última parte del Rigoletto, habiendo hecho una pausa y dejando todo en silencio, con la sola excepción del reloj de la consola cuyo tic tac resonaba ahora como martillazos en el yunque. Pasaron dos minutos antes que empezaran a tocar el himno hispano-

americano, y otros dos para que el vocero principiara a leer pausadamente el boletín.

Pero éste, como dije, fué casi todo repetición de lo que ya sabíamos, salvo lo del último gesto de los beliceños que, además de los mitines que realizaban en todos los ayuntamientos y de las manifestaciones públicas efectuadas en todo el territorio, se habían previsoramente adelantado a los acontecimientos desconociendo a los miembros del Consejo Legislativo, que “nunca fueron legítima expresión del pueblo”, y eligiendo a continuación a sus verdaderos representantes que son los que habrán de firmar, si la hora llega, el acto de incorporación política o administrativa a Guatemala.

Lo demás: la inmovilidad de la flota inglesa que sigue en espera de las órdenes del Almirantazgo para decidirse por uno de aquellos dos caminos, los continuos vuelos de la Real Fuerza Aérea y la continuación de los “acalorados debates” en el Parlamento británico, ya lo sabíamos. Finalmente dió, y esto por primera vez, que al país han ingresado numerosos corresponsales extranjeros enviados por las principales empresas periodísticas del mundo con el objeto de solicitar salvoconductos para trasladarse al teatro de los sucesos. “Hemos lamentado no haber sido posible satisfacerlos —explicó—, toda vez que están suspendidos los viajes de y para Belice por disposición de nuestro gobierno”. Y dichos corresponsales han tenido que conformarse con llegar hasta el río Sarstún, que es el que separa aquel territorio de Guatemala, en cuyas aguas se han quedado estacionados, a bordo de ligeras embarcaciones. Y concluyó anunciando que dentro de unos minutos hablaría uno de estos corresponsales a quien llamó Mr. Bowmann, el que acaba de regresar de esa frontera para relatarnos sus impresiones sobre lo que vió del otro lado de dicho río.

La señora comentó, alegrándome de veras:

—Tal vez le alegre a usted saber que ya creo que todo va bien, y que va a resultar que usted es un adivino, sin que se entienda por esto que yo trato de menoscabar el buen conocimiento que usted tiene de los hombres, pero es que a tales hombres nunca se les acaba

de conocer, resultando por eso difícil predecir lo que harán en un momento dado, y mucho menos en un caso de amor propio y de trascendencia mundial como es éste, siendo además tales hombres llenos de prejuicios, arrogancias y personalismos. En hombres de esta talla, predecir una acción noble es ser de verdad optimista, y verse ella misma confirmada después es ya ser adivino.

No supe a qué horas lancé una carcajada, y yo mismo me sorprendí de ello, pues quería decir que tanto ella como yo nos habíamos casi librado del gran peso que nos agobiaba. Y volviendo a la seriedad, le repuse:

—Realmente así habría sido si el reclamo de Guatemala y, por consiguiente, esta invasión, lo hubiesen realizado, como antes dijimos, a sangre y fuego, with fire and sword, o sea con aquellos principios y procedimientos ahora olvidados, con los que sí resultaban amor propio ultrajado y vanidades heridas; vanidades y amor propio que valoraban en más que las vidas de miles o de millones de hombres segados en los fieros choques que originaban aquellos "ultrajes", y los que, sin embargo, no eran sino simples pretextos, pues en el fondo tales choques obedecieron siempre a necesidades de orden económico, dado que éste seguía siendo, como en el principio del mundo, el factor determinante de su civilización. Así, un país que había vivido más o menos en paz durante más o menos tiempo, acababa por sobrepoblarse; y como a la vez se industrializaba para "no quedarse atrás" y se dedicaba a especialidades y estudios exclusivamente ciudadanos que redundaban en el criminal abandono del campo, pronto ese pueblo entraba en hambre y miserias. (Porque la paz no fué nunca bien aprovechada, si era norma prepararse en ella para la guerra: "Si vis pacem, para béllum"; y se preparaban con la mejor de las bombas —porque la grandeza de un país estribaba en el mayor poder destructor de sus armas— de cuyo pasado uso blasonaban descaradamente, como descaradamente ofrecían seguirla usando...) Entra, pues, ese pueblo en hambre y miserias que engendraban el descontento contra sus gobernantes a quienes con más o menos razón culpaban de sus males. Estos, entonces, para solucionar esta consecuencia —que las causas,

en sí mismas, les importaba poco o nada—, lanzaban a tales hambrientos, bien armados, al asalto y saqueo de los graneros de algún país que consideraban más débil, es decir, no preparado aún para la guerra, aunque ellos mismos, en su marcha insensata que llamaban triunfal, fuesen quemando esos graneros y arrasando hasta las siembras, todo bajo el pretexto de un honor ofendido y al grito de “¡La Patria lo quiere!” Y si a la postre, por error de cálculo, la fruta del cercado ajeno les resultaba dura de pelar, su principal objeto, en cambio, quedaba siempre resuelto con la liquidación de una parte de sus gobernados. Pero el caso de ahora es distinto. Hoy no se ha ultrajado ningún honor ni herido ningún amor propio, ni pretextado razones patrióteras. Guatemala no ha querido más que someter su controversia al arbitraje universal de todos los pueblos. Y es ese universo el que dará su veredicto, el que, por su naturaleza, ha de ser definitivo, imperativo e inapelable.

Entonces ella dijo, dando a la charla un giro inespereado:

—Dios quiera que así sea. Pero a propósito de ese problema de la sobrepoblación del mundo que, como usted bien dijo, ha sido la causa más frecuente de las guerras, déjeme preguntarle si usted cree correcta la solución que para eso han ofrecido los técnicos y que consiste en el control de la natalidad. No se puede negar que ésta es menos criminal que las guerras mismas, pero ¿no es cierto que es también inmoral? ¿Qué opina usted?

—Soy de su misma opinión: ambas soluciones son igualmente inmorales. Pero la humanidad, que siempre pecó de extremista, sigue creyendo que la muerte es el único remedio de todos los males; de ahí su pretensión de remediar una inmoralidad haciendo uso de otra, como el ladrón “honrado” que, para devolverle a X la suma que le robó, roba a Z una suma igual.

—Eso mero —aprobó con entusiasmo—. Y ¿cuál deberá ser para usted la solución apropiada?

—La que dimana de la educación y, por ende, del trabajo —le contesté—. Es absurda la creencia hoy tan en boga, y en la cual quieren creer para disculpar sus ex-

travíos, de que los productos de la tierra puedan naturalmente llegar o hayan llegado ya a ser insuficientes para el mantenimiento de la especie humana por haber ésta resultado excesiva en relación a la producción de aquélla, hasta ameritar la implantación de aquel control en vista de la imposibilidad de emigrar en masa o uno por uno a otro planeta; pues de tener un mínimun de sensatez tal afirmación, habría que admitir una de dos cosas: o bien Dios, la energía creadora, el Cósmico o como quiera nombrársele, se equivocó al haber seleccionado un planeta tan pequeño para vivienda del hombre actual, o sea que no tomó en cuenta el alto poder reproductor de éste, como ocurrió en Australia con la reproducción desmedida e indeseable de los cuatro conejos que algunos de sus terratenientes llevaron de otras latitudes. (¿Pero acaso Dios había puesto conejos en Australia?) O bien fueron sus propias transgresiones o su irracional género de vida los que llegaron a reducirle su subsistencia hasta amenazarlo con lo peor de las muertes, dando el efecto de que la tierra hubiese vuelto a ser abrasada en azufre y sal. Para saber cuál razón es la verdadera, deberemos consultar a esa viva atestación del mundo que se llama Historia, sin necesitar previamente apartar su parte de mentiras, falsedades y ficciones de que nunca ha carecido, porque para nuestro objeto ellas también constituyen pruebas. Y esa Historia nos dice resumidamente que el peor enemigo del hombre, desde la cruz a la fecha, fué el hombre mismo al haberse esforzado eternamente por saciar las insaciables exigencias de su cuerpo, olvidándose cada vez más de su parte espiritual a la que acabó por negar, para vivir en franco desacato a las leyes naturales, pues a la destrucción en masa de la sobreproducción de cosechas que realizan cada año y a sangre fría, para mantener altos los precios, así como la política obrera que favorece la restricción de la producción, se agregan las destrucciones ocasionadas por las guerras ya tan perpetuas como las nieves del Everest, las que siembran de cadáveres lo que pudo haber sido plantíos benditos de papas o cereales, o, en su tendencia no menos eterna al vicio, era tabaco, adormideras, etc., lo que cultivaban en grandes extensiones.

Y si la definición bíblica del hombre es la de ser un "alma viviente", esto es, un alma encarnada, al haber renunciado espontáneamente a dicha alma para seguir con exclusividad en pos de la satisfacción de los apetitos y demás exigencias de su yo materialista, cambió de naturaleza para definirse él mismo como un "animal intelectual", es decir, más peligroso que ningún otro, hasta ser capaz de idear procedimientos de control que nunca necesitaron los animales sin pretensiones, o sean los cuadrúpedos, pese a que éstos suelen multiplicarse en mayor grado. Y la especie humana, convertida entonces, en especie inhumana, con crueldad y ferocidad suigéneris arrasó la tierra que debió cultivar y en la cual vivió siempre como "extrajera" (¿dónde se vió inquilino peor que el hombre?), para acabar devorándose a sí mismo como otro Erecsitón; conclusión ésta forzosa y necesaria, pues ¿cómo esperar que esas leyes universales que no nos cansamos de violar y que son las que rigen desde la germinación de la semilla hasta la maduración del fruto se presten a ayudarnos y a hacernos la vida dichosa? ¿No sería esto contra toda lógica? Lo razonable y correcto es verlos ahora temblando como azogados ante la perspectiva de una hambre igualmente universal que ya vislumbran como un nuevo Diluvio y del cual, en su afán de salvarse, no han vacilado en sacrificar a sus propios hijos para no verse más tarde obligados a comérsele.

Hice una pausa porque ya había empezado a relatar su historia el anunciado corresponsal. Pero ella, a quien ninguna otra cosa le interesaba tanto, echando el cuerpo hacia adelante, me preguntó:

—¿Y entonces...?

Sus ojos, húmedos y fijos en mí, mostraban tal ansiedad que me apresuré a continuar:

—La solución radical, es decir, el verdadero remedio de este mal, ya puede adivinarse cuál ha de ser. No, seguramente, la aplicación de los principios de Tomás Malthus, ni siquiera la insensible de los abonos y demás fertilizantes de la tierra, que no son más que artificios y paños tibios, como lo son las devaluaciones monetarias hechas con el fin de salvar a un país de su crisis económica; como lo

es la repartición y entrega de dinero a un individuo para apartarlo del comunismo; como los seguros sociales para mejorar cualitativamente la asistencia médica a los pueblos, etc., porque esto es creer que el materialismo cura algo, y no cura nada. Esto me enseñó la conversación sostenida con un hombre de letras (no creí conveniente todavía decirle quién era), quien me indicó que cuando encuentre en el mundo algún error que quiera corregir, al pensar en algún remedio trate de ver primero si tal remedio es de índole materialista o no; si lo es, debo rechazarlo para buscar otro de tendencia espiritual, pues el espiritua- lismo es el sólo capaz de curar todos los males que afligen a la humanidad. Quiere decir, que lo que debemos cultivar y abonar en primer término es al hombre mismo, con los recursos de una educación superior y desconocida hasta ahora por las mayorías, la que deberá sustituir a los actuales y groseros sistemas que apenas si pueden llamarse de domesticación. Educación cuyo fin será el de ayudarle a levantarse y a recuperar su lugar en el plan original de la creación, renaciendo como hombre verdadero. Entonces la tierra podrá sustentar no sólo a la población actual, sino aumentada muchas veces ésta misma.

—Estoy de acuerdo con usted —expresó ella—, y me agrada saber que haya un hombre que hable así, aunque todo lo que diga sea duro de oír. Pero comprendo que es así como debe ser dicho: duramente; pues, para su propia desgracia, el hombre fué siempre sordo a todo buen consejo dado con dulzura.

—Sin embargo, es nada lo que he dicho, para lo mucho que aún queda por decir. Porque esta historia no la empezó a hacer el hombre hasta ayer, sino desde más atrás: desde el día en que por primera vez le fué preguntado: “¿Dónde está Abel, tu hermano?”... Pero es justo que atendamos a este pobre corresponsal que tanto se afana porque le escuchemos, y que ya estará por terminar su narración.

—¡Ah!, sí. Pues ¿cree que me acordaba?

“...y navegando río arriba —concluía Mr. Bowmann—, vi a otro grupo de beliceños, pobladores de los caseríos y aldeas aledaños, que agitaban igualmente el trapo azul y

blanco, como alas de una inspirada ilusión, repitiendo como un eco el mismo grito de "¡Queremos ser libres! ¡Viva Guatemala!", y aguardando impacientes el momento de cruzar esa arbitraria frontera y ser ellos también de los primeros en abrazarse con sus hermanos chapines que navegan por la margen derecha en espera de ese mismo instante. Este último grupo no era tan numeroso: apenas un puñado de hombres tostados por el sol; pero si los ingleses los hubieran visto como los vi yo: ebrios de puro patriotismo, seguro estoy que no vacilarán más en declararlos libres como Dios los creó".

Concluida esta historia, propuso ella que oyéramos a Londres. Hice entonces girar la aguja del cuadrante en tal sentido, aunque deteniéndome de paso a escuchar los voceros de otras naciones que me llamaban la atención por los soberanos gritos que pegaban al condenar la "brutal conducta" del gobierno británico que trataba de "intimidarse a Guatemala con su despliegue de fuerzas en aguas guatemaltecas", insistiendo en la devolución de Belice todos ellos.

Cuando al fin cogimos la estación de Londres, pudimos saber qué era lo que discutían los parlamentarios con tanto calor. Era que el primer ministro había presentado su renuncia porque, según dijo, "no quería violar ningún código" al tener que ordenar hacer fuego a los cañones de la armada, y la discusión versaba ahora sobre si se aceptaba o no esa renuncia, o, lo que es lo mismo, si se ordenaba el asalto a Belice o se tomaba una decisión menos violenta. El mismo vocero divulgaba que de las cinco partes del mundo llovían mensajes al Parlamento, algunos "fuera de tono", pidiéndole el retiro de sus demandas sobre Belice, teniendo ahora los miembros de ambas Cámaras la impresión de ser ya demasiado tarde para llevar la controversia a la Corte de Justicia Internacional. Por otro lado, el más importante diario británico, en su editorial de hoy, había aludido a la mediación que había ofrecido el gobierno de los EE. UU., la que rechazaba con estas palabras: "No queremos mediación de nadie. Suficiente nobleza hay en el espíritu de la Gran Bretaña para tener que tomarla de otros". Y agregaba: "Si por Belice Gua-

temala pelea de esta manera con nosotros, es porque debe ser de ella. Es hora de que rectifiquemos nuestros errores históricos”.

La señora sonrió y dijo:

—¡Qué excelentes noticias! Ahora sí creo que todo terminará bien.

—Ese es el final que yo esperaba y que debe estar ya a las puertas, pues una situación como ésta no puede prolongarse mucho.

Propuso entonces:

—Pues hay que estar listos. Y como ahora siento hambre, cenaremos temprano para quedar libres en espera de ese momento.

Y a su tiempo, dejando puesta a todo volumen la estación última para permitirnos escuchar desde el comedor, nos sentamos a comer, lo que hizo ella con mejor gusto y ánimo que yo, que por no haber hecho mi siesta me siento con más ganas de dormir. Creo que entonces me dijo que si hoy hubiese sido un día normal habría conocido la procesión de los Reyes Magos, los que son cargados exclusivamente por mujeres, entre tambores, chirimías, “tortugas” e incienzos; pero que hoy no hubo nada porque nadie está para procesiones. Yo hacía verdaderos esfuerzos para oírla, y sentí alivio cuando al fin dejamos la mesa y me vine a escribir esta parte. Pero ¡qué sueño tengo! Tal vez sería conveniente dormirme un ratito...

Enero 7.

Sábado.

Hora: 3.30.

“El espíritu es fuerte, mas la carne es débil”. He aquí las palabras que recordé al despertarme hasta ahora, cuando anoche sólo quise dormir unos minutos. Pero ya esto no tiene remedio, no quedándome otra cosa que el consuelo de irle a dar mis excusas a la señora; y esto fué lo que traté de hacer inmediatamente, por si era posible encontrarla levantada. Pero ¡qué callada estaba la casa! Era un silencio que imponía respeto, obligándome a caminar

de puntillas. Me fuí de paso al hall, y, allí, junto al radio, con sueño tranquilo, la encontré dormida en su mecedora. Aquél estaba encendido, pero silente. Di media vuelta, y, apagando las luces que fuí encontrando, me vine a esperar a que despierte.

Hora: 4.30.

¡Qué aburrimiento! Una hora larga gastada inútilmente. ¿Qué habrá hecho Inglaterra? ¿Cómo estarán las cosas? Pues, ¡nada!, que debo esperar hasta que la señora se despierte. Pero, ¿y si no ha dormido en toda la noche? Justo será que duerma, aunque me quede sin saber nada de las cosas... Y ya vi que está amaneciendo. ¡Qué claridad más bella! Es un amanecer con tintes tan azulados que sorprende y arrebatá. Se dijera que el sol de esta aurora es distinto a todos los pasados... Pero la señora se ha despertado: el radio ha vuelto a sonar. ¡Voy corriendo!

Hora: 14.00.

Aquí estoy, cansado, pero feliz, como todo buen guatemalteco, porque la hora gloriosa sonó ya con las más dulces notas de la Victoria.

“Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas minervas y martes”... Pero, para empezar por el principio, debo decir que apenas oí a doña María, despierta ya, sintonizar la estación local, me fuí a su lado para disculparme por mi reciente descuido. Pero ella, sonriendo, pronto dijo apenas me vió:

—Mire que hasta en esto me he contagiado de usted: anoche me quedé dormida.

—Le ruego perdonarme, señora. Le aseguro que...

—Ya sé. Va a decirme que ya no lo volverá a hacer, hasta que anochezca otra vez. (Y se rió). Y ¿verdad que encontró su puerta cerrada? Yo se la cerré, pues cuando eran las 22 y usted no se aparecía por aquí, supuse que estaría enfermo, pues recordé que casi no cenó y estuvo en la mesa con bastante reserva, como si en aquella ho-

ra le hubiese empezado alguna enfermedad. Entonces fui a buscarlo, y al llegar pude verlo en su cama durmiendo con todo y ropa. (Volvió a reírse). Comprendí al punto que su "enfermedad" era la del sueño. Y, dejándole la puerta cerrada porque podía resfriarse, me vine a quedar sola con el radio para esperar el fin que usted dijo que ya estaba a las puertas, sólo que no explicó qué puertas eran esas, porque a pesar de haber pasado despierta hasta después de la una, a las puertas de mi casa no llegó nada...

Acabamos riendo los dos, y por fin le pregunté qué nuevas había escuchado antes de dormirse, y me respondió:

—Algo supe muy importante, pero no fué el boletín de media noche el que lo dijo, sino la estación de Londres, ya casi a la una de la mañana. A esa hora dicha estación divulgó que acababa de llegarse a una decisión en el Parlamento, habiendo sido al fin rechazada la renuncia interpuesta por el primer ministro. Pero no dijo más.

—¿Está segura? —le pregunté, extrañado que con tan buena noticia no se mostrara más alegre—. ¿Está segura que así dijo?

—Segurísima. Es buena noticia, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! Y debemos felicitarnos porque el final ya llegó.

—Y ¿cómo es que la estación de aquí aún no ha dicho nada? Yo estaba esperando que...

Fué entonces cuando la Voz de Guatemala, para no hacerla esperar más, dió entusiasmadamente tan fausta nueva:

“¡Venturoso pueblo guatemalteco! ¡Ciudadanos de todo el orbe! Aquí, La Voz de Guatemala, adelantando nuestro boletín con la más cara y jubilosa de las noticias. Desde las cinco y treinta y cinco de hoy. ¡Belice es nuestro! A esa hora los cañones de la flota de Su Majestad rompieron al fin su prolongado silencio disparando salvas en honor de Guatemala e izando nuestro pabellón hasta la cima de sus mástiles, a los acordes de nuestro amado himno y del Rule Britannia. Los orgullosos lobos del mar del Reino Unido formaron en las cubiertas de sus invictos cruceros y, dando el frente a nuestras azules serranías,

saludaron militarmente a sus amigos los no menos corajudos guatemaltecos. Y a la luz del nuevo sol de las Américas lanzaron tres ¡hurras! en dirección a nuestra tierra, alejándose después. Fué una alborada inolvidable, como será imperecedero el monumento que Gran Bretaña se labró en todas las humanas conciencias.

“En este momento de justo regocijo, iluminado por el Amor Universal, damos gracias a Dios Todo bondad, que al fin se dignó darnos su justicia, resolviendo el último obstáculo que se oponía a la unión entre ambos pueblos. Y de rodillas exclamamos: ¡Bendito sea Dios, por los siglos de los siglos!... No menos emocionados, agradecemos a todos los gobiernos y pueblos que desinteresadamente nos ayudaron con su voto, así como a aquel puñado de heroicos compatriotas que lo expusieron todo por el engrandecimiento de la patria, hasta poderse decir que “nunca tantos debieron tanto a tan pocos”.

“¡Pueblo guatemalteco! Os invito a que gritéis conmigo, desde el fondo de vuestros corazones: ¡Viva el Reino Unido! ¡Vivan nuestros amigos de todo el mundo! ¡Viva la Gran Guatemala!”...

Y el himno nacional rompió con bríos nunca iguales, cantado por un coro de exaltados patriotas como no había visto otro.

“Y lograron sin choque sangriento
colocarte en un trono de amor,
que de patria, en enérgico acento,
dieron vida al ideal redentor.”

Era verdad: allí estaba el trono, brillante como rayo de sol, redentor como el mismo amor, libre y grandioso como el de Quetzalcoatl. ¡Una patria grande! ¡Una Guatemala feliz!... La señora escuchaba con una lágrima en los ojos, una lágrima que quería hacerse carcajada. Y el himno concluyó al fin:

“¡Ojalá que remonte su vuelo
más que el cóndor y el águila real.

y en sus alas levante hasta el cielo,
Guatemala, tu nombre inmortal!"

Y repitiendo: ¡Inmortal! ¡Inmortal!, nos echamos a aplaudir y a saltar con delirante entusiasmo, viviendo a esta tierra y a toda su gente vivos y muertos, ausentes y presentes, de arriba y de abajo. Pero cuando me disponía a vivir exclusivamente a los indígenas, las paredes se pusieron a temblar y a llenarse los aires de voces de bronce, de roncós retumbos de grandes cañones que echaban al viento sus ígneos ¡hurras! desde todas las plazas y parques de la ciudad, si bien parecía que estaban emplazados en la acera de enfrente.

Nos abalanzamos a la puerta de calle, enmudecidos del susto, a tiempo de ver cómo ésta se poblaba de gente, de individuos que saltaban como locos llorando y vitoreando a la patria y al mundo, a Dios y a los hombres, al cielo y a la tierra, en tanto el espacio, más azul que nunca, se poblaba de aviones que brillaban al sol haciendo cabriolas a tan baja altura que el horrísono trepidar de sus motores ahogaba el ya incesante reventar de bombas y cohetes, y con mayor razón a los sonidos de las frágiles marimbas que, como brotadas de la tierra, habían vuelto por sus fueros, pese a que eran tocadas con toda la furia de un desaforado entusiasmo. Y encima de tanto estruendo, la Chepona repicaba con estruendo de mar.

Me volví a ella, que miraba con ojos llorosos de felicidad, y, seguro de que aceptaría, la invité:

—¡Vamos también nosotros!

—¡Vamos!

Cogidos de la mano, a veces corriendo y otras saltando, y siempre zigzagueando, fuimos avanzando entre grupos tan pintorescos como risueños que se abrazaban y danzaban y giraban en arrollador torbellino gritando incansables y hasta más no poder: ¡Viva Guatemala! ¡Viva la República en la Eternidad!, repetidos en todas sus lenguas y dialectos a los que yo agregaba la mía: Live the Great Guatemala! Long live the Republic!... A veces nos tomaban de la mano y nos obligaban a danzar con ellos, riendo como niños; y nosotros también abrazábamos y

gritábamos y reíamos y bailábamos al rudo compás de esos cañones que era lo que se oía. Y ¡nunca bronces tan mortales sonaron tan humanos! Y al lado de los indígenas vimos también ladinos, muchísimos ladinos confundidos con aquéllos en abrazos que “desdío” habrán de ser indisolubles. Y por todas partes, a través de las puertas y ventanas y tragaluces flameaban al viento las banderas amarradas a veces hasta en los cabos de las escobas. Y todos confundidos: hombres y mujeres, naturales y ladinos, ancianos y niños, eran una sola trenza desde el Tajumulco hasta los litorales de ambos océanos y a través de Belice; una sola trenza de jubilosos que por turnos y a la vez saltaban y corrían ya para un lado, ya para otro, ya para arriba ya para abajo; ora se agarraban de las manos, ora se soltaban, elevaban los brazos al cielo, los bajaban, se los cruzaban sobre el pecho, los abrían en cruz, se los cruzaban atrás, se metían las manos a los bolsillos, se las sacaban, se las ponían en la cintura, se las besaban y volvían a agarrarse danzando siempre y siempre danzando. Algunos, como para aumentar el ruido de los cañones, se ponían a zapatear. Otros, con las manos en el suelo, sacudían los pies en el aire. Y aún otros, de rodillas y la frente pegada a las paredes, rezaban y lloraban, se reían rezaban y lloraban... Fué el día en que la parte de locura de los hombres rompió sus diques y ligaduras que siempre la sujetaron, derramándose como aluvión y removiendo lo de adentro y lo de afuera, arrastrando lo grande y lo pequeño, fundiéndolo todo como lava hirviente de volcán. Y el que tenía menos juicio era el más juicioso. Ya no se trataba de “sálvese el que pueda”, sino de “húndase hasta el que no pueda”, porque nadie quería quedarse al margen de la locura: todos batallaban por caer en ella, por sumergirse en ella, por revolcarse en ella y volverse locos. Y nosotros, humanos al fin y al cabo, no podíamos ser menos, y, si no éramos los mejores, éramos de los mejores para rodar y seguir rodando, roncando de tanto gritar, sordos de tanto escuchar...

Y como si el cielo también se hubiese vuelto loco (como es abajo es arriba), empezó a llover a torrentes, pero no agua, ni siquiera agua de rosas, sino pétalos, ¡pétalos

de rosas que caían sobre la tierra cubriéndola toda desde cientos de aviones que retozaban descontrolados! Ya nuestras cabezas aparecían coronadas de rosas; ya las marimbas sonaban a perfume de rosas, y ya el piso era un verdadero lecho de rosas. Los tejados eran techos de rosas, y el arbolado quedó convertido en gigantesco rosal de maravillosos injertos. ¡Y nunca vieron los hombres igual festival de rosas! De rosas eran nuestros gritos, de rosas nuestros gestos, y rosas era lo que respirábamos...

Trocados ahora en altares, sin darnos cuenta avanzábamos llevados por la multitud. Y avanzábamos hacia el centro, hacia la Plaza de la Primera República que pudimos reconocer por su majestuoso arco, el Arco del Triunfo bajo el cual pasamos y que, a falta de arrayanes, laureles y olivos, estaba ornado de rosas, rosas y rosas que apenas dejaban ver su nuevo rótulo—. La recompensa del cielo a sus dolores largo tiempo sufridos, y sufridos en silencio. La abundancia como premio a sus privaciones y miserias padecidas antes de ahora— y después. Hombres juzgados como inútiles, y calificados de inútiles, ¡y que han podido tanto! Y la ciudad de indígenas, y el país de indígenas, son la ciudad y el país de rosa, ya no sólo bordadas en el traje, sino también dentro del pecho, en el lugar que antes y siempre ocuparon sus abrojos como sembrado de ixcanales... ¡Salud a vosotros!, humildes naturales, labriegos sencillos y buenos, pequeños en la carne pero grandes en el dolor; despreciables en vuestra miseria, pero admirables en vuestra paciencia; pospuestos por los hombres, pero antepuestos por Dios. ¡Semilla y fruto de un país ingrato!: Yo os saludo como a hombres en cuyas manos está, y ha estado siempre el destino de un país y el destino de todos los que moran en ese país..."

Y fué en esa plaza donde pudimos al fin percibir la música de las marimbas, de esas marimbas que se doblaban bajo el golpazo de los palillos—, porque ya los cañones habían cesado, y eran pocos los aviones que quedaban en el cielo—, y el cantar de las mujeres cánticos de alabanza y agradecimiento a Dios. Eran las nueve y media en mi reloj, y nuestros cuerpos estaban sudorosos, y jadeábamos de cansancio, pero cada vez más contentos y

felices, recibiendo y devolviendo saludos y abrazos de una gente cuya desenfundada alegría iba en aumento, aunque cueste creerlo. Ya se veía a las mujeres reventar sus collares y lanzar las cuentas brillantes al aire, y a grupos de hombres haciendo pirámides sin quitarse los zapatos.

Siempre llevados por esta muchedumbre, nos vimos después ante la Catedral que estaba vestida de gala —adornada hasta el frente de guirnaldas y banderas—, pues en aquella hora se cantaba en ella un solemne *Te Deum*, *Te Deum laudamus Te Dominum confitemur*, por el triunfo de la causa guatemalteca, y, aunque no pudimos entrar, supimos que asistían los tres poderes de la República, y el cuerpo diplomático acreditado en ella. Y desde el interior del templo hasta el mero borde del atrio ardía una alfombra de luz chisporroteante formada por incontables velas de cera que los devotos —indígenas arrodillados en torno murmurando oraciones— reponían con más prisa de la que ellas empleaban en consumirse, mientras flotaba encima la densa nube de inciensos que le disputaba el dominio del aire al aroma de las flores. Y hasta nosotros llegó por sobre el fragor de feria de la plaza el tremendo final del coro del Mesías de Haendel: ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!, envuelto en la voz como trueno del órgano y el repique de las campanas perdidamente echadas a vuelo. ¡Qué inolvidable momento! Nos sentimos transportados a un mundo jamás soñado por nadie, un mundo que tenía por techo un cielo azul, por piso, un lecho de rosas, y era de cánticos y de perfumes el aire... Y ella entonces se arrodilló y rezó, con la cara vuelta al templo.

Pero luego nos vimos como cogidos en enorme trampa, prisioneros entre esta multitud que seguía creciendo sin límite alguno, y que en su movimiento loco ya nos mecía como badajos de campana y amenazaba estrujarnos como en gigantesco trapiche. La señora me miró angustiada. ¿Cómo saldríamos de aquí? Yo no tenía ni idea. Pero nuevamente se apiadó el cielo de nosotros y acudió en nuestro auxilio inspirando a uno de aquellos patriotas para que cantara el himno nacional, y todo el mundo hizo lo mismo. Pronto aquella turbonada se aquietó y se volvió un coro apoteósico. Y tamaño conjunto de miriadas de gar-

gantas que repetían con todas sus fuerzas y con toda el alma esas estrofas inmortales, seducía y hechizaba. Voces que se imponían hasta al mismo tañido de las ensordecedoras campanas. Más que himno nacional, era el mismo Himno de la Tierra que, por boca del mar, elevaba hasta Dios en las alturas... Pero ella me hizo señas: "¡Ahora!" Y, ciertamente que ahora era el tiempo de escaparnos. Y restregándonos a los cuerpos, como el que avanza en un bosque apretado, casi en línea recta, salimos de la plaza y fuimos poniendo tierra de por medio, sintiendo a ésta saltar bajo nuestros pies con el disparo sincrónico —una vez cada hora— de los cañones.

Ya eran dadas las doce cuando llegamos a casa, y, con el mejor de los vinos, nos pusimos a brindar.

—¡Por la patria grande!, —dijo ella, derramando casi el vino al sacudir la copa.

—Sí, ¡por ella! —dije yo. Hubiera querido agregar: "y por esos indígenas valerosos, encarnación del heroico espíritu de sus antepasados en cuyas manos aquélla (la patria) no podrá estar mejor"; pero no lo hice. El momento, a pesar de toda opinión en contra, no lo creí oportuno todavía. Tal vez podía malquistarme con ella y ver malograrse mi recto propósito en caso de que fuese a creermé interesado por motivos menos nobles, o se riese de mí al no darme fe por saberme extranjero. Preferí, pues, con todo mi pesar y con paciencia digna de los mismos indígenas, esperar mejor ocasión.

Luego que almorzamos, nos separamos para darnos al descanso del que tanto necesitábamos, y que yo he aprovechado para escribir la página más gloriosa de la historia de la nación guatemalteca.

Hora: 21.00.

Por la tarde nos pusimos a leer el diario, ahora de 30 páginas y alcanzando esta edición la cifra de cien mil ejemplares. Con mucho entusiasmo escuchaba la señora, pese a su estado soñoliento a causa de tantos desvelos. Me doy cuenta que si ella no tuviera huésped a quien atender, se hubiera pasado el día durmiendo. Y tanta abne-

gación merece otro monumento, uno más grande que el que dieron a Inglaterra.

Y aparte de sus oportunos comentarios, escuchó llamada aquella lectura, la que dimos principio por la parte relacionada con la entrega de Belice por Gran Bretaña. Nos enteramos que la flota inglesa, al tiempo de partir, se llevó a casi todos los ex-funcionarios y demás empleados de la Corona en dicho territorio, los que, sin excepción, se mostraron agradecidos por el buen trato que recibieron en su reclusión forzada de 48 horas. Sólo quedó el ex-gobernador de la ex-colonia funcionando ahora como cónsul interino de Su Majestad en aquella zona.

La explicación oficial que de su conducta hizo el gobierno inglés a sus súbditos y al mundo entero con motivo del hecho que comentamos, se resume expresando que ha sido norma suya respetar la libre determinación de los pueblos. "Estamos satisfechos", dijo, "de haber cumplido una vez más con el deber que a todo ser consciente le impone el respeto de los derechos humanos" y de haber obrado conforme a su "larga tradición democrática de dejar a los pueblos a que decidan libremente sus propios destinos". Al final, dignamente declaró el vocero de esa Cancillería: "Nuestro Imperio se ha reducido, pero hidalgamente. En nuestros tiempos de paz, preferimos una pequeña Bretaña constituida de hombres libres, que una Grande de pueblos sometidos".

Por su parte, el gobierno de México, haciendo honor a su palabra declaró oficialmente haber renunciado al derecho parcial que sobre Belice había esgrimido en los últimos años, comentando por su cuenta el propio redactor del diario que tal gesto tuvo "el mismo desprendimiento que hizo honor a Justo Rufino Barrios en 1882, a quien le llamaron El Reformador, tal vez por la reforma que en ese año hizo del mapa de Guatemala". Pero agregaba que esto lo decía sin ninguna otra intención entre líneas.

Vimos después que los beliceños, en medio de sus celebraciones patrias que no han sido menos locas que las que se dan por aquí (da el saldo de tres muertos por accidentes), tiempo han tenido para hacer ciertos cambios que convenían a sus intereses, habiendo empezado por re-

bautizar la plaza conocida con el nombre de Batlefield en la ciudad de Belice, la que en adelante será llamada Plaza de la reincorporación, al par que nombran en español a todos los lugares habitados y no habitados de su geografía, así como a tiendas, cantinas y teatros, etc., nombrados antes en inglés.

Informaba también que el soberano Congreso había recibido con toda solemnidad y en sesión extraordinaria a los representantes oficiales del pueblo beliceño, los que, previo examen de sus credenciales, pasaron a formar parte de dicho cuerpo legislativo una vez sido aceptada por aclamación la reincorporación de aquel territorio. Seguidamente y también por unanimidad fué decretado que "el territorio llamado Belice" entrará a formar parte del departamento de Tecún Umán "a partir de este mismo momento" y que el nombre de Belice dado hasta ahora a la ciudad y puerto de ese nombre se llamará en adelante Puerto México en homenaje a la república hermana. (Y así la palabra Belice queda borrada de todas las geografías). Se decretó también que en reconocimiento a "la noble Gran Bretaña", deberá erigirse a dicha nación un monumento de bronce en esta capital de dimensiones tales "que deberá eclipsar a todos los otros erigidos hasta ahora". Y por último, decretó tres días de feriado en toda la Gran Guatemala para celebrarse dignamente este reajuste geográfico e histórico, social y político, étnico y etológico...

Comentó ella entonces:

—Hay razón para tanto jolgorio, pero ¿qué esperanzas quedarán para encontrar sirvienta? Cuando empiezan a bailar, ¿cree que acaban?

Le di mi "condolencia", y pasé por alto la fecha de aquellos decretos: "Dado en el Palacio del Legislativo a los 7 días del Año Uno de la República de Guatemala", porque podría todavía tomarlo a mal. Después le leí el Editorial, el cual, además de expresar su particular agradecimiento a todos los pueblos que en esta justa cívica dieron su voto a Guatemala (y publicaba una lista completa de ellos, que en total sumaron 75), daba gracias muy especiales a los pueblos centroamericanos que a última hora enviaron toneladas de flores para adornar las calles de la capital. Y

la municipalidad de esta ciudad había también hecho lo suyo: constituida en "sesión solemne", acordó bautizar a la principal arteria capitalina, o sea a la sexta avenida, con el nombre "de las Naciones Unidas".

Finalmente, leí la noticia de que a la Cancillería guatemalteca están lloviendo mensajes de enhorabuena desde todas las partes del mundo, oficiales y particulares, incluso del gobierno de los EE. UU. de Norteamérica.

—¿De los Estados Unidos? —volvió a comentar ella—. Cuando necesitamos que hablan no dijeron esta boca es mía; y ahora vienen con esas... Ya salen sobrando, y usted perdone.

Al fin, después de la cena, se retiró a dormir, y me imagino que no despertará en muchos días. Yo me quedé contemplando desde la ventana a esta muchedumbre que baila hasta de cabeza, al claror fantástico de los juegos pirotécnicos.

Enero 8.

Domingo.

Hora: 14.00.

¡Oh, pueblo más alegre éste de Guatemala! Uno puede aburrirse de oírlos en sus estrepitosas juergas, riendo y gritando sin cesar, pero ellos no se cansan jamás. Sin embargo, debemos tolerarlos y si posible hasta agregar combustible en sus lámparas, ya que hasta ahora se iniciaban en la práctica de reír, que es vivir plenamente.

Pero hoy tuve con doña María otra charla de las buenas, como corresponde al admirable talento que ella posee; pues mi predicción de que no se despertaría tan pronto, salió fallida. Todavía yo me hallaba bajo las cobijas cuando logré percibir, apagado por el alboroto de la calle, un ruido como el que haría un plato al estrellarse en el suelo. Y puesto que el plato no podía haberse caído solo, debí creer que la señora estaba ya levantada. Y, efectivamente, al presentarme en el lugar de la escena, minutos después de las 7, la encontré en el comedor ha-

ciendo los últimos arreglos de la mesa. Pero allí mi admiración se trasladó a la escena misma, al inesperado cuadro que surgió ante mí: envuelta en su bata azul, de pie entre el amarillo de las paredes, el mosaico del piso y el celeste pálido de las cortinas, parecía aquél un lienzo pintado por el genio de Gainsborough; contrastes que realzaban su hermosura hasta prestarle trazos de original belleza. Al verme, se sonrió, iluminándose todo el cuadro, y después dijo:

—Buenos días, ingeniero. Ya su desayuno está listo.

—Le agradezco, señora, pero déjeme decirle que estoy sorprendido de verla levantada tan temprano. No lo esperaba.

Ella fué a explicarme, sin abandonar aquella sonrisa ni la posición que ocupaba dentro del cuadro:

—Pues fíjese que pensaba ir a misa, y me levanté bien temprano; pero desistí luego que me acordé que la iglesia debe estar hoy peor que el domingo pasado. ¿Cree que quedé convidada? Y preferí dejarlo para el próximo. Sólo que esta decisión —y se rió aún más— parece que no fué muy del agrado de Dios, porque en castigo se me rodó un plato de la mesa, y ¡el susto que me dió! ¿No oyó el ruido que hizo?... Pero ¡síntese! Ahorita le sirvo —y se dirigió a la cocina. Y ¡cuántas cosas habría querido decirle en conexión con la admiración que volvía a despertar en mí esa sublime devoción suya a sus deberes, no tan fácil de hallar en cualquier mujer! Su madre debía ser una perfecta conocedora del mundo, y su marido, un dichoso. Nuevamente pensé en la frescura de éste al haberla dejado sola, y pensé también en su probable viudez, y quién sabe en cuántas cosas más habría pensado de no haber regresado ella con el café bien caliente, y el pan, la torta de huevos y los plátanos fritos.

Después volvimos al radio a escuchar la Voz de Belice, digo, de los tecunumeños de aquella región que continúan alabando y bendiciendo en prosa y en verso, con música y sin música, en español y en inglés y hasta en caribe, la noble renunciación de Inglaterra, el también noble desprendimiento de México, la heroicidad de aquel puñado de guatemaltecos, el sublime despertar del mundo, la bondad

de Dios, etc., etc., informando a la vez que a consecuencia de los inusitados jolgorios y extravagantes diversiones a que se han entregado, han resultado dos grandes incendios, controlados ya, y otros tres muertos por accidentes.

Oímos también a los demás pueblos de Centroamérica batiendo palmas con delirio, habiéndose igualmente decretado tres días de fiesta; a México echando la casa por la ventana; a Panamá y Brasil, que hasta adelantaron la fecha de sus carnavales para comenzarlos ahora mismo; y, por último, todo el mundo que sin tregua sigue ensalzando la libertad de esos dos bastiones de la fraternidad entre los pueblos: Inglaterra y México, autocumplimentándose dichos comentadores por haber vivido bastante para presenciar un acto como éste, “estimulante y reanimador de la fe de los hombres en los hombres mismos”... “Una acción digna de honrosa memoria e imposible de haberse podido ver en años pasados, cuando la imposición con el respaldo de las armas era la única expresión de los poderosos, y la sola voz que respetaban los débiles... Pero este feliz suceso que hemos presenciado y admirado entre Gran Bretaña y Guatemala, vale decir entre un fuerte y un débil, es más que alentador para los que nos hemos resistido quijotesicamente a perder la fe en los hombres: significa que la humanidad ha empezado a servirse de su experiencia y entrado en proceso de regeneración, volviendo conscientemente a la buena senda: la senda de la igualdad y la fraternidad que debe rematar en el mundo feliz, la Edad de Oro que contra viento y marea jamás olvidaron los hombres apodados soñadores...”

Ella no pudo contenerse y exclamó, iniciando un nuevo tema de conversación:

—¡Oiga! Lo mismo que usted dijo el otro día. ¿Se acuerda? Y yo que había creído que sería imposible volver a esa buena senda sin el concurso de la guerra. Me convenzo de que estaba equivocada, y que bien se puede llegar al mismo fin sin necesidad de que nadie muera, bastando la buena voluntad.

—Esa es la clave —le dije—: la buena voluntad, el sentido humano o el raciocinio consciente. —Y continúe

animado por el interés que ella mostraba, e inspirándome en el pensamiento de nuestro Cid—: Hasta aquí los hombres habían vivido como niños, peleando por un quitame allá esas pajas (sólo que en tales peleas ya no eran niños: matanzas, torturas, ejecuciones, cámaras de gas, deportaciones, esclavitud, y el consecuente y obligado ejército de inválidos de por vida, físicos y mentales), porque vivir así les parecía mejor. Infantilmente se resistían a ver las cosas en serio, esto es, tal como son. Cada quien, por ejemplo, se esforzaba no por dominarse a sí mismo, sino por dominar al mundo; no a la vida, sino a sus semejantes; y cada quien se decía: “Si la Roma de los Césares lo logró, ¿por qué yo no?”, negándose a ver un cúmulo de factores que hicieron del mundo antiguo uno moderno bastante distinto de aquél en muchos conceptos, como cambió también el concepto de felicidad que antes se tenía. Pero ellos se negaban a considerar todo eso, hasta desear olvidar, para suponerse ya en aquel mundo feliz, todo recuerdo triste, doloroso o desagradable capaz de empañarle esa “felicidad” suya, pese a los libros y películas que perpetuaban tales recuerdos (Atila, Gengis Kan, Carlos V, Napoleón, el Kaiser Guillermo, Felipe II, Hitler, Stalin...); porque para sus fines gustaban en estimarlos exagerados, cuando raramente los anilizaban, toda vez que no había educación ni en el sentido de Dewey: “Educación es un proceso de continua reconstrucción de la experiencia, con el propósito de profundizar su contenido social”, acabando por darse enteritos a todos los vicios para rehuir la oportunidad de comprender que con tal conducta se imposibilitaban ellos mismos el logro de ese mundo feliz que tanto deseaban, porque aquellos recuerdos que querían olvidar eran parte, y precisamente la más cara, de su experiencia, sin la cual aquella felicidad no podía ser sino utopía, mera fantasía o grosero engaño, y a veces algo más, al hacerla consistir en el despedazamiento de unos por otros. E irónicamente, los que ya habían perdido o se sabían incapaces de ganar en esa lucha, eran los que alzaban la voz para reclamar sus derechos, los llamados Derechos del Hombre. Pero habríanse quedado sorprendidos si alguien les hubiera preguntado: “¿A qué hombre os re-

ferís? ¿Al hombre ateo, al hombre materialista, al hombre libertino y bochinchero, y, en fin al ombre, sin "h"? Porque como humanos, esto es, conservando la "h", estáis obligados a ser desinteresados. No voy a hablaros de vuestra parte divina, que es la que os induce a ser amante del prójimo, porque para ello necesitaríais la "H", mayúscula en este caso. Mas, habiendo perdido también la minúscula, ¿qué sós? Ombre, sin h, es igual a animal". (Observe, señora, que no digo animal irracional, como dicen todos los que creen que el hombre es animal también, pero racional. Ciertamente que guiándose como se guían exclusivamente por sus cálculos, resultan ser animales racionales. Pero ¿acaso entre los animales conocidos como irracionales no se encuentran algunos que sí razonan? Por otra parte, la definición de hombre no se limita a señalar su aspecto racional, sino que se refiere en primer término a su parte espiritual o humana. El animal no es animal por el mero hecho de carecer de raciocinio, admitiendo la verdad de tal carencia, sino porque les falta el sentido de humanidad, o lo que es lo mismo, les falta conciencia universal. Por eso, al perder el hombre tal sentido, aunque siga razonando en alto grado, ya no resulta otra cosa que animal. Y es que la razón no es, como se ha supuesto siempre, simple producto del cerebro, sino más bien del corazón. La razón es la equidad, la justicia, la virtud misma y el amor al prójimo. Ser razonable, pues, equivale a ser humano. Y es en este sentido que el hombre se llama animal racional. A esto se debe el que, en la intimidad del hombre, no sea unánimemente aceptada la afirmación esa de que los animales tengan razón, porque dentro del mismo hombre persiste la identidad de ambos términos. Y de aquí también que el hombre deja de ser animal racional al renunciar a esta razón, para ser simplemente "ombre". ¿Pero puede ser digno de alguna libertad un hombre que voluntariamente ha descendido a tal situación? ¿Qué objeto tendría hacerlo libre, si esa libertad no le servirá a él sino para recoger el arma que le habían hecho botar y seguir en su afán de esclavizar o explotar a otros, así como aquélla le servirá a los otros para esclavizarlo a él? Y esclavo él mismo de sus pasiones y vicios, ¿qué más da que lo sea

también de otro u otros hombres? No, señores democráticos. No es por una condición del hombre —la libertad— o por una cualidad del mismo —los derechos— por los que debéis preocuparos, sino por el hombre entero, por su naturaleza absoluta, o sea su esencia, para llevarlo a su lugar. Humanizado al fin, todo lo demás, incluso condiciones y cualidades, se vendrán solitos, porque entonces habrán sabido que cada derecho se acompaña de un deber complementario, así: el derecho de expresarse libremente se acompaña del deber de ser veraz; el derecho o libertad de reunión, del deber de ser justo; el derecho de recibir, del deber de dar, y dar más de lo que se recibe; el derecho a la libertad de conciencia, en una palabra, del deber de creer en Dios y amar al prójimo. Por lo que debían clamar era, pues, porque se hiciese la luz dentro de ellos y, arrojando las armas, se abrazasen como hermanos... A Dios gracias, ya estamos en la alborada de ese día y al fin han dado un paso en tal dirección.

Después de haber confesado estar de acuerdo, me dió a saber que tenía otra pregunta que hacerme:

—...Pero yo quisiera que me dijera qué señales vió usted en los hombres para haber podido afirmar que la humanidad ya estaba en proceso de madurez; porque hasta ese día, que yo sepa, no habían sucedido hechos que sustentasen tal criterio. ¿En qué se basó usted?

La pregunta me cogió de sorpresa porque hasta allí, a ciencia cierta, ni yo lo sabía. El mío había sido un conocimiento más bien intuitivo, pues si era verdad que había procedido de observaciones analíticas, pero el razonamiento usado, vale decir el camino recorrido para haber llegado a tal conclusión, me había sido del todo insensible, como si tal camino no lo hubiera recorrido mi mente objetiva sino la subjetiva. Por eso vacilé un momento antes de contestarle, empezando con pie inseguro, pero cobrando poco a poco, a medida que todo el proceso lo elevaba hasta mi conciencia, firmeza y seguridad.

—Me basé para ello en la observación de esa misma humanidad, tanto de sus hechos como de sus pensamientos, pudiendo verse desde lejos que tal humanidad había venido dando traspiés cada vez más frecuentes en rutas

cada vez más extraviadas y como resultado de sus teorías y prácticas cada vez más deshumanizadas, hasta vivir en guerra franca o encubierta contra los mismos principios o cimientos en que gustaba hacer creer que estaba basada, como correspondía a su naturaleza materialista y, por ende, individualista, lo cual debía conducirla a tan profundo caos que, en tiempo de paz (y ¿pudo llamarse paz a eso de vivir con la bomba atómica sustituyendo a la espada de Damocles?), no podía ser mayor, ni tampoco estable por no ser un estado natural, como no es estable la manzana al desprenderse de la rama. Y dado el largo tiempo que ya duraba ese caos, mas la acción esencialmente modificadora de esta última provocación que venía a ser como clavar un clavo para sacar otro, su fin, cualquiera que éste fuese debía estar ya próximo, sea que sacara al primer clavo o que se quedasen los dos adentro. Es decir: o la humanidad terminaba de caer, exterminándose con todos los medios de que disponía (final negativo), o, aprovechándose por primera vez de sus anteriores caídas, aprendía a caminar rectamente (final positivo). Ahora bien, lo primero era menos probable, no tanto porque ya no quedan en el mundo auspiciadores de guerras, que fueron siempre los dictadores y los que, so pretexto de defenderse de éstos, se conducían como ellos; cuanto porque la ascensión y la decadencia, la plenitud y el agotamiento, el amor y el odio, se han venido alternando por ciclos en la historia del hombre, pero en ciclos, no en un mismo plano, sino en planos cada vez superiores, avanzando como en espiral, unas veces contra su voluntad, pero avanzando siempre, según la curva ascendente de la evolución universal, de suerte que para renacer de nuevo no era del todo necesario llegar hasta el piso inmediato inferior (1939, 1914...), que, de suponerlo, era admitir un retroceso asaz irracional que repugnaba a la conciencia honrada. En efecto, ¿no debía repugnar que esos hombres, después de tantos miles de años de existencia y pese a todos los dirigentes espirituales que desde Abraham hasta nuestros días se han sucedido casi ininterrumpidamente, sacrificándose por el progreso y la evolución de aquéllos, puedan no obstante seguir éstos indefinidamente siendo los mismos, eternamente imperfec-

tos, perpetuamente infantiles, para siempre inconscientes, sin adquirir jamás experiencia ni conocimiento redentor, ni poder para navegar en otra dirección que no sea la del viento, como barquichuelos de papel? Más que repugnante, debía ser afrentoso. Por estas razones era más posible que el fin esperado fuese el segundo o positivo, o sea el de volver por sus fueros para ponerse de pie y liberarse de sus cadenas, sin que necesitara de más aniquilamientos. Y esto mero es lo que sucedió.

A las razones dichas debí agregar la reciente y abierta campaña de espiritualización llevada a feliz término por las hermandades místicas a través del mundo, a la cual se debe en mayor parte este despertar de ahora. Pero me abstuve confiando en que ella lo sabe tan bien como yo.)

—Ciertamente —dijo sonriendo—, así fué. Pero debemos convenir —agregó— que en su juicio había a la vez razonamiento y sentimiento.

—No podría negarlo —le dije—. Y esto me hace preguntarle: ¿No cree usted que, siquiera alguna vez, debamos los hombres tener sentimientos meros superiores y tomarlos en cuenta? ¿Y que debamos también tener memoria para recordar aquello que perpetuaban los libros en las bibliotecas y las cruces en los camposantos, así como el sabio consejo de Laotsé: “Tiende un arco hasta el máximo, y desearás haberle detenido a tiempo”? ¿No cree usted?

—¿Cómo no? Pues siendo el hombre alma y cuerpo, y habiendo evolucionado, justo es que su lógica sea base de razón y sentimiento, o, en otras palabras, que su razón sea la que usted definió. Pero ahora dígame una cosa: ¿dónde aprendió a decir tanto “mero”? —Y se echó a reír.

—En esta su tierra, señora —le contesté—, la bella tierra del quetzal.

—Pues ya usted es uno de los nuestros, y debiera llamarse chapín.

—Eso mero: chapín, y ahora ¡a mucha honra!...

Hora: 22.00.

¡Oh, los ruidos! Quisiera escribir un poema sobre el ruido para ser declamado por gigantescos tambores y platillos, gigantes campanas y gigantes garrotes cayendo sobre gigantescos barriles llenos de latas, vasijas, tarros, botellas y toda cosa como éstas. Tal se me ocurre no tanto por la grandísima bulla que ya mero va a ser el estado normal de esta ciudad, sino por un ruido especialmente extraordinario que hoy tuvimos la "dicha" de percibir (ya parece que ésta es la ciudad de los extraordinarios, tanto en el Ruido como en el Silencio, y ahora como antes); ruido que, para haberse hecho oír individualmente y adquirido tal personería en nuestros ruidosos tiempos, debía ser un Señor Ruido. Y ésta fué la verdad: se trataba de un Señor Ruido con todas las características de diez mil poderosos altavoces. La sola diferencia era que éstas no iban a la estampida sino, lo que es peor, despacio, y que no eran simples carretas, sino carrozas, y carrozas reales, desde luego, tanto más que se trataba de las carrozas de los Héroes que hicieron posible el advenimiento feliz de la Gloria.

—Esto, que duró toda la tarde, empezó poco después de haber dado fin a mi siesta y cuando acabábamos de reunirnos en el hall para atender a nuestros habituales pasatiempos: ella a sus labores manuales y yo a escuchar el radio. Y nos llegó de pronto, alarmándonos justamente y haciéndonos salir a la ventana a ver qué pasaba. Y vimos que por la esquina vecina, entre colosal gentío, desfilaban las carrozas de marras, que no eran sino camiones adornados con banderas y llevando como techo un gran paracaídas blanco con franjas azules, y cada uno transportando una docena de hombres ladinos y aborígenes vestidos de azul y blanco, el sombrero también a rayas blancas y azules, y un pequeño aparato de radio —emisor y receptor— fijado a la espalda. ¡Ah!, pero llevaban algo más, y era un porte de Rey o, más exactamente, imperial que les hacía mirar por encima del hombro al "miserable pueblo" reunido a sus pies, al parecer más orgullosos por ir

en tales carrozas que por cualquiera otra cosa, pese a que algunos se iban cayendo de sueño.

A ambos lados caminaban cientos de jóvenes indígenas y ladinas bien ataviadas y no menos risueñas, arrojando continuamente irisadas serpentinas sobre las aureoladas testas de los imberbes epónimos, mientras otras se aparecían con candelas encendidas y hasta rezando, como si ésta fuese la procesión de los Reyes Magos. Precediendo a cada carroza, y siguiéndola, iban compañías de músicos —marimbistas, trompeteros, timbaleros, violinistas, sacabuchistas, etc.—, tocando marchas como mejor podían, que tanto daba que fueran sin tocar, porque no se oían. Y por delante y por detrás, y a la derecha y a la izquierda, la más grande de las muchedumbres que gritaban y lanzaban estruendosos ¡hurra! —God save the Kings!— a los vencedores, pero que tampoco se oían porque con igual diligencia arrojaban también bombas y cohetes y petardos y toda clase de explosivos en tal abundancia y apresuramiento que era un solo trueno cielo y tierra, arriba y abajo, al revés y al derecho. Y sorprendía ver que aquellas carrozas pudieran caminar entre tantos obstáculos, pero caminaban. Media hora gastaban en recorrer una cuadra, pero la recorrían con gran alivio para nosotros que no sé que hubiéramos hecho si no hubieran caminado del todo. Al cabo, y temiendo quedar sordos por el resto de nuestras días, nos metimos cerrando la ventana. Ya lo creo que este cierre no servía de nada, como tampoco habrían servido tacos en los oídos, pues el ruido seguía tan Ruido como si lo tuviéramos dentro de la casa o en el lugar de los tacos. Pero siquiera habíamos cerrado la ventana.

Vueltos a nuestros asientos, nos quedamos todo el tiempo sin despegar los labios, callados a la fuerza, contrariados y hasta soñolientos. ¡Qué horror de gente! Pero yo los perdonaba de todo corazón porque apenas acaban de nacer a la vida racional. Y cuando acabó de pasar aquel horrisono tronar, los ruidos que quedaron, sin haber dejado de ser grandes, ya no los oímos. Pero, sin sentirlo, nos quedamos hablando a gritos por mucho rato.

Luego supimos que no habían sido dos ni tres, sino

cuarenta, las piadosas carrozas que anduvieron sueltas por la ciudad, si bien sabiamente repartidas en grupos de cinco, pues ¿qué hubiera sido de nosotros de haber pasado todas juntas? Seguro que hubiéramos merecido la compasión de todos, como la mereció de nosotros el Cuerpo Diplomático cuando supimos que el presidente, rodeado de sus ministros, magistrados y diputados, había presenciado desde el balcón del Palacio el simpático desfile de todas las cuarenta, sin faltar una, en compañía de aquel Honorable Cuerpo "gentilmente invitado"...

Enero 9.

Lunes.

Hora: 12.00.

Hasta hoy cumplo cuatro semanas de haber venido a este país, ¡y me parece ya un año! Treinta días apenas, ¡casi una florada!, y ¡cuántas maravillas he visto en este país maravilloso! Al silencio inicial de los sollozos ha seguido el estrépito de la risa, al mutismo del dolor, las explosiones de una alegría inmensa. Y en la medida que antes se mantenía el sufrir permanecía el morir, se eternizaba la desesperanza, ahora se mantiene, permanece y se eterniza la alegría, la esperanza y la felicidad, y el mundo es ya sin duda un lugar de delicias.

Y he aquí que la música prosigue, y prosiguen los bailes, y los fuegos pirotécnicos, y los ruidos que estallan con el mismo entusiasmo del primer día, el mismo ardor y furor que ya dura tres días, o, con exactitud, 19 días, a los que habrá que acostumbrarse como al tic tac regular de un reloj. Sin embargo, he creído ver hoy más entusiasmo que ayer, del modo que ayer vi más que antier, y así retrospectivamente. Si esto no es maravilloso, niego que haya maravillas en el mundo.

Temprano estuve un rato asomado al balcón, sin saber qué admirar más: si el incesante quemar de la pólvora, o el incesante sonar de las marimbas, o el incesante bailar del pueblo, o el incesante... ¡Oh, todo es incesante aquí!... Y por miedo de quedarme en la ventana también incesantemente, hice un esfuerzo y me separé de ella, volviéndola a cerrar.

La señora, sentada a dos pasos del radio y dedicada a sus costuras, no decía nada. Al sentarme en frente me miró ligero, sonrió apenas y volvió a fijar sus ojos en la aguja. Yo encendí el radio y me quedé esperando.

La estación, que era la Voz de Guatemala (aquí ya nadie quiere escuchar otra), daba en aquel momento —las once del día— las últimas noticias. En primer término el vocero se refirió, para desmentirlo oficialmente, a “la creencia infundada de algunas personas” que han supuesto que el gobierno, al haberse resuelto a entrar en Belice y logro su reincorporación, fué por haber consultado antes a las estrellas. “A éstos queremos aclarar que el Ejecutivo no ha tomado más en cuenta, para la consecución de aquel ideal, que a la conciencia viva del mundo, al mismo sentimiento de hermandad innato en los hombres y el cual no podía defraudarnos”. Informó después que los ladinos aceptaron ya colaborar con el gobierno, de acuerdo con el principio constitucional de representación de las minorías, y los cuales a estas horas habían lanzado ya un manifiesto explicando tal conducta. Y terminaba aquél añorando el día en que, al consumarse la completa identificación entre todos los guatemaltecos, “la minoría cese de ser una clase para ser no más que un partido político”. Por último, hizo saber que la mayoría de los señores diplomáticos de Guatemala acreditados en el extranjero habían pedido a la Cancillería que de las renunciaciones de sus cargos presentadas el 23 de diciembre “se sirva omitir el término “irrevocable” que figura en ellas”, dando así a entender que están decididos, “si el ciudadano presidente no dispone otra cosa”, a seguir colaborando con éste en sus delicados puestos, “leal y desinteresadamente como hasta aquí”. El vocero comentaba que es posible que éstos sean confirmados en sus puestos.

Al oír esto, nuestras miradas se cruzaron fugazmente, pero ni ella ni yo dijimos nada. ¿Qué habrá ella pensado? ¿Qué me impidió preguntárselo? Más tarde la misma estación divulgó el manifiesto que las minorías (los ladinos) habían publicado con el fin de explicar las razones que habían tenido para aceptar a colaborar con el gobierno. Lamenté que la señora se hubiese quedado sin oírlo por haberse tenido que ir a preparar la comida, porque ésta fué una declaración importante, un mea culpa sincero que pudo haberla hecho a ella meditar. Aquél decía más o menos al principio: "Hemos abierto los ojos y comprendido que todos somos hijos de una misma patria. El mantenimiento de cualquier separatismo o desigualdad significaba la negación de esta verdad, negación cuyas consecuencias debía ser la patria la primera en sufrirlas. Y jamás, siendo patriotas, podríamos seguir siendo verdugos de la patria nuestra". Más adelante decía: "Por conveniencias personales, siempre quisimos creer que todos los males que afligían a la patria se debían a los naturales; y era el colmo que a ellos mismos achacábamos hasta las dictaduras que nosotros ejercíamos. Ese tiempo, a Dios gracias, ha pasado, para comprender ahora que ni los naturales fueron malos ni nosotros éramos buenos". Y concluía ofreciendo que "en adelante habremos de caminar siempre juntos y en pos de los mismos ideales: una patria, un Dios, y una sola familia".

Enero 10.

Martes.

Hora: 11.30.

Lo que hasta ayer parecía imposible de verse, hoy es perfecta realidad, ¡quién lo hubiera dicho!: la ciudad amaneció en calma y en silencio. ¿No es ésta una maravilla más?...

Temprano recibimos el simpático cotidiano *La Vox Populi* cuya ausencia no había dejado de sentir, y juntos nos pusimos a leerlo. Desde luego, habiendo sido feriados los últimos tres días, casi toda su lectura se refería a dar cuenta de tales fiestas o celebraciones realizadas tanto dentro como fuera del país. No obstante, tropezamos con la noticia de que el gobierno de Guatemala propuso a los otros Estados de Centroamérica la creación de la ciudadanía centroamericana para aquellos unionistas que hubieran sobresalido por sus actitudes prácticas de acercamiento entre estos pueblos. Para ello se organizaría un "Comité de los Cinco", compuesto con los representantes de cada una de estas Repúblicas, el que se encargaría de otorgar dichas ciudadanías, por el sistema de simples mayorías. Agregaba el reporte que esta idea había sido ya aceptada con entusiasmo por todos los pueblos hermanos del Itsmo que comprendían que es a base de premios que se logran todavía estimular mejor las virtudes en los hombres, y que, además, se daban cuenta que el día que lograra tenerse un grueso porcentaje de tales ciudadanos, el resultado no sería otro que la unión misma. Informaba, por último, que estos mismos Estados centroamericanos habían invitado a los 500 héroes chapines a que fueran a visitarles para tributarles los honores que ellos se merecen. Los observadores de la política internacional han comentado, por su parte, que éstas pueden ser las bases para la instauración de la República de los Estados Unidos de Centroamérica.

—¿Será verdad eso? —preguntóme ella chispeando de alegría.

—Es muy posible —le contesté.

—Pero en otros tiempo también había parecido posible, —objetó.

—No olvide que hoy los hombres son otros. Los de ahora han renunciado a dar pasos en falso y a moverse sólo para cubrir apariencias, obrando en cambio según hablan, y hablando según piensan y sienten. Ya nadie quiere fingir, simular, hacer creer para deslumbrar a otros, porque ya nadie se deja deslumbrar juzgando las cosas por su brillo, como niños, sino que a éstas juzgan por su

utilidad, y a los hombres por la desinteresada contribución que prestan al mejoramiento de todos. No se guían ya por lo que parece, sino por lo que es. La unión de estos pueblos hermanos, según tengo entendido, ha sido siempre un tema llevado y traído por todos, pero sinceramente sentido por muy pocos. Pero ahora es otra cosa. Ahora todos exigen "ser o no ser" (en el sentido relativo, acomodaticio, artificial y sin sentido que siempre se usó), sin términos medios, lo cual es hoy posible porque no hay ya desprecio ni menosprecio para el que "no es", todo lo contrario: hay remordimiento y vergüenza porque alguien no pueda "ser alguien"; y se lucha porque todos sean, ya que todos son capaces de ello bajo una sabia dirección.

Me quedó mirando con ojos de admiración y sonriendo muy graciosamente, para exclamar al fin:

—¡Qué bien conoce usted al mundo! ¿Me permite que yo también diga: ¡Admirable!?

Y juntos nos echamos a reír.

Pero el diario seguía publicando, ahora en mayor cantidad, los Edictos aquellos por los que se trasnombran numerosas personas, algunas en forma más compleja que otras. Así, éste decía:

"A este Tribunal se ha presentado el señor don Lucio Cuá Toc, solicitando que previos los trámites legales, se declare: que los nombres de Emilio González Toc, con el cual es conocido en todas sus relaciones sociales y familiares; Lucio Cuá Toc, con que aparece inscrito en su partida de nacimiento; y el de Lucio Emilio Cuá González, con que aparece en su partida de matrimonio, son nombres que corresponden e identifican a una misma persona. Y para que todos los que se crean perjudicados con esta declaratoria, hagan valer sus derechos en la forma de la ley acostumbrada, se hace la presente publicación. Secretaría del Juzgado", etc.

Y este otro:

"A este Tribunal se presentaron los señores José María Taló Xacpót y Eusebia Queché Caníz, como padres de la menor María Julia Taló Queché, iniciando diligencias de identificación personal con el objeto de establecer que la indicada menor, quien aparece inscrita con esos nom-

bres en el Registro Civil de la Capital, es la misma que desde los tiernos años ha usado los de Blanca Julia Ruiz. Y para los efectos de ley, se hace la presente publicación", etc.

¿Se deberá deducir de esto que ahora nadie quiere ser ladino ni en el nombre? Si no lo creyera así, se lo preguntaría a la señora. Pero ella seguía atenta al vaivén de la aguja, aunque insinuando en sus labios una encantadora sonrisa.

Hora: 22.00.

¡La maravilla de las maravillas! Al fin la oí cantar, porque cantó para mí. ¡Admirable!... Sucedió a la hora en que el sol ya no es más que un resplandor rojizo en la línea del horizonte.

Habíamos estado charlando por algún rato hasta que, agotado el tema, nos quedamos callados como saboreando la última palabra. Como siempre, ella se ocupaba en bordar, y llevaba un traje rosa lila con adornos azules que le daban aspecto alegre y festivo. Por tener cruzada una pierna sobre la otra, una de sus zapatillas tenuemente caladas avanzaba a mi encuentro descuidadamente, con el descuido o lo confianza propia de una convivencia tan larga, dejándome ver casi todo el pie por los intersticios de la malla.

De pronto sus ojos se cruzaron con los míos, me sostuvo la mirada por un momento, y volvió a bajarlos. Después, con un pequeño preámbulo, siempre sonriente, empezó a contarme su propia historia. Y aunque a mí nunca me interesó el pasado de las personas, sentí gusto especial en escucharla.

Resumiendo, dijo que cuando tenía 21 años, su novio la sacó de su casa con promesa de matrimonio y fundó con ella su propio hogar, promesa que a pesar de haber sido hecha bajo solemne juramento, fué posponiendo su cumplimiento de día en día hasta acabar por olvidarla, y más aún: que al verse ocupando meses después la secretaría de uno de los ministerios de gobierno, se le avivó la ambición hasta venirse a casar con una parienta cerca-

na del presidente, pero sin querer por eso renunciar a ella para pretender vivir con dos mujeres a la vez. Claro está que ella rehusó seguir tratando con tal bígamo, el que, sin embargo, la visitaba de cuando en vez para colmarla de regalos en su empeñada lucha por hacerla claudicar, repitiéndole que el suyo había sido un matrimonio de conveniencia, nada más; pero si bien podía seguir entrando por las puertas de su casa, no volvió, en cambio, a pasar por las de su corazón, cerradas definitivamente para él, y acabando por vivir sola, ya que su señora madre no le perdonó jamás el "delito" de haberse dejado engañar, si bien le entregó la herencia que su padre le dejó al morir algunos años antes.

Cuando hubo terminado, me quedó mirando con ojos serenos y profundos. Bien, yo no hallé otro modo de agradecerle su amable confianza que contándole a mi vez la mía, las peripecias de mi vida, desde las inocentes aventuras en los colegios y en la Universidad, hasta las odiseas vividas en las riberas del Amazonas, pasando por mi matrimonio y divorcio en la Unión, que tal vez podría colocarlos entre las últimas...

Me escuchó con toda su atención, fijos en mí sus hermosos ojos. Tan atenta que pensé que esto solo era suficiente recompensa a mi esfuerzo que había tenido que hacer para recordar algunos detalles. Pero no iba a ser esa la única recompensa, pues al verme concluir dió un suspiro, levantándose en seguida para llegarse a un rincón de donde sacó, toda polvosa, una guitarra. Sopló sobre el polvo, y, mientras la afinaba, vuelta a sentar, musitó sin levantar sus ojos:

—Hace ya mucho tiempo que no la toco. Creí no llegar a tocar más...

Yo la miraba hacer, sorprendido y sin saber qué decir ni qué pensar. El movimiento de sus manos era seguro, y firme su voz, pero en sus mejillas los colores iban y venían.

Pronto vibraron con ternura las cuerdas bajo la caricia sedosa de sus dedos, y brotó el canto de su guzúlfora garganta. Arrobadó, me quedé escuchándola. Pocas veces había oído una voz tan dulce y acariciante como aquélla.

En sus labios, esa canción Amor indio era más que un lamento y más que un ruego: era también una protesta, y protesta mera profunda... La escuchaba embelesado, como en éxtasis, pero sin dejar de mirarla con sus ojos bajos, fijos en sus dedos, y observando cómo a medida que cantaba se iba iluminando toda ella, misteriosamente, como se ilumina la noche al despuntar la aurora o los campos al llegar la primavera, de modo que, al morir la última nota de su canto y levantar sus ojos, estaba transfigurada, extrañamente radiante, como si al conjuro de esas cuerdas hubiese en su pecho estallado un sol o abierto una flor. Nunca había sabido de una guitarra que diese un efecto semejante. Esta debía ser milagrosa, a fe mía. Y cuando me pidió luego, pasándomela: "Ahora usted, ¿quiere?...", incapaz de poder hablar, con la cabeza le hice señas que no, que no quería ni podía, que me era imposible hacer tal cosa con esa guitarra. ¿No veía, pues, que al no más tocarla se echaría a perder su sortilegio?...

Ella no insistió: dejó a un lado aquella y, medio encendida de rubor, serenamente volvió a sus labores. Pero en mis oídos siguió vibrando su canción por mucho rato, con la ternura que sólo ella pudo expresar, mientras mis ojos seguían contemplando aquella maravillosa visión: celestialmente radiante. Y todavía...

Enero 11.

Miércoles.

Hora: 06.45.

¡Qué frío el que está haciendo, y qué delicia aguantarlo en pijama!... Pero no es esto lo que me ha hecho levantarme a escribir, sino la preocupación de no saber qué hacer ahora que reina aquí la normalidad —y que por cierto es una normalidad nunca conocida antes—, pues ya es forzoso decidirme por uno de estos dos caminos: o

marcharme luego y dejar de ser carga para la dueña, o quedarme a esperar el dictamen de la comisión revisadora de contratos que seguramente ya debe estar por emitir. Este es el dilema: ¿espero el dictamen o no lo espero? ¿me voy o me quedo?... ¿Cuánto me cuesta decidirme! Pues fuerza es que siga indeciso; más si considero que tal vez, al fin y al cabo, no sea mucha carga para ella.

Hora: 11.00.

Hoy bajé al hall muy temprano, ignoro por qué. Aún no eran las 7, y ya estaba allí, a pesar del frío que hacía. Aunque éste no era muy grande para el termómetro, confieso que yo lo sentía intenso y cada vez mayor a medida que iba descubriendo que la casa estaba vacía, terriblemente vacía. Pero ¿adónde habría ido ella tan temprano? Este no era día de oír misa. ¿Dónde estará?... Pero ¡qué frío, y qué fría estaba la mañana!

Con todo, creí seguir escuchando su canción de ayer, la canción que fué más bien canción de cielo, tremular de lirio, palpar de ave, entre temblor de cuerdas como lágrimas. Y, volviéndome allí, me puse a auscultar las paredes y las cornisas, muebles y cortinas, tratando en vano de recoger materialmente el dulce eco de aquel acento que sólo mi mente lo había aprisionado. Mas todo el hall estaba mudo y frío: irremediablemente mudo, téticamente frío. Y hasta la misma guitarra que descansaba cuerdas arriba sobre la mesa, también estaba muda y fría... Me volví a ella, empero, pa a observarla mejor; y por largo rato quedéme contemplándola, imaginándome oírla repetir aquella cascada de notas, aquel rosario de arpeggios, o bien la tierna vibración de aquel suspiro que brotó también como canción... Y, sin poderme resistir, pasé mi mano por el cordaje que sonó con voz de mujer:

—¡Señor Johnson, por Dios! ¿Qué mira allí?

Instintivamente me estreché a la guitarra seguro de haberla oído hablar y pronunciar mi nombre, como si el suspiro se hubiese vuelto invocación, lo que nada extraño era siendo aquella una guitarra milagrosa. aMS, al alzar

la cabeza, vi a la señora mirándome desde el umbral, entre sonriente y sorprendida.

Y nunca me sentí tan turbado como entonces, pues su exclamación había sido tan enfática como la de aquel día en que me encontró en el parque, perdido y medio loco; turbación que la hizo reír a ella a más y mejor, repitiéndome su pregunta al quedarme sin responder:

—¿Qué es lo que miraba allí? —y con el dedo, convulso por la risa, señalaba la guitarra.

Su propósito, a ojos vistas, era el de aumentar mi confusión. Torpemente empecé:

—Yo estaba... estaba oyéndola cantar desde el fondo de ella...

—¿A mí?

—Pues, sssí.

—¡No me diga! Y esc ¡cómo? —Y se había puesto sería. ¿Era posible que se enojase? Pero costase lo que costase, y animado por el calor que ahora sentía, resueltamente seguí adelante:

—Pues parece que usted, o su voz, se quedó indisolublemente adherida al alma de esa guitarra.

Esperaba que rompiese en carcajadas, pero si no rió, con los brazos en jarra adoptó en cambio una actitud teatral y bien graciosa para responder:

—Siento contrariarle, caballero. Mi canto no se adhirió al alma de la guitarra sino a la suya, al que ahora hace el honor de recordar quizás para burlarse de él. Eso es todo.

Y sin esperar a oír mi protesta ni abandonar tampoco su graciosa pose —gracia que realizaba su traje blanco de encajes y adornos plateados—, hizo una seña a alguien que la había seguido y que se había quedado afuera, mirando en seguida entrar a un muchacho con dos grandes bolsas llenas de verduras, etc., lo que indicaba que la señora venía del mercado.

Ahora mi turbación subió a sorpresa y ésta, por último, a admiración, lo que la hizo reír más, en tanto explicaba:

—Tuve que ir bien temprano, porque así hallaría menos gente en el mercado, y usted tampoco se habría da-

do cuenta que había ido. ¿Quién lo mandó levantarse tan temprano? Pero ahora me voy a preparar el desayuno, que ya es hora...

Era el caso que ni yo sabía por qué me había levantado tan temprano. Tal vez la guitarra...

Enero 12

Jueves

Hora: 19.00

Hace algunos minutos volví a oírla cantar, esta vez a ruegos míos. ¡Qué maravilla! Y al lado de la flor que pendía de sus cabellos, su falda era florida también, de suerte que ya ella era la encarnación de la misma Primavera. Y así me atreví a decírselo. A esto ella respondió:

—Amigo mío, lo veo ya iniciado en la escuela de echar flores. ¿Se olvidó que falta más de un mes para ese equinoccio?

Sin embargo, cuando cantó, su canción vino a ser como guirnalda lírica de sonidos extasiantes, sobre la frente de aquella Primavera...

P. S. Ahora estoy tratando de corregir nuevamente el soneto que escribí en días pasados. Ya no va a llamarse Estrella de fuego, sino Rizos de Primavera.

Enero 14

Sábado

Hora: 13.00

—¡Cómo! ¿No es viernes, hoy? Pues por primera vez en este país, en mi diario se quedó un día en blanco. Tendré que admitir que, oyéndola cantar, pierdo hasta la noción del tiempo. Es que ¡canta tan bello y con tanto sentimiento!... Porque esta es, para mí, la verdadera expresión del arte: aquella que se dirige al alma para acariciarla, para enternecerla y unirla con el más suave de los bálsamos. No son los gorgoritos, ni es tocar a la vez en tres cuerdas el violín, que todo eso, como pura técnica que es, se limita a excitar el cerebro y a estimular el músculo; sino los Claros de luna, las serenatas de Schubert, de Toccelli, el segundo movimiento de las sonatas, que humanizan al hombre, arrullándolo. Y asimismo lo siente ella, y lo siente todo el Universo que, para oírla, se queda en suspenso... Y las horas paso entre trinos de alondra y floreos de guitarra, en una como visión celestial, como ensueño, como ilusión de poeta... Y mañana que nos hayamos separado, estas nuestras charlas y estas líricas veladas serán para los dos sólo un motivo de recuerdo. sin duda grato, pero fugaz y veleidoso como todos los recuerdos, como son todas las ilusiones, como son los sueños...

Pero, ¿a qué hablar del mañana? Si hoy es hoy.

Enero 16

Lunes

Hora: 15.00

¡Con que hoy es lunes! ¡Vamos!, pues parece mentira: ¡tantos días sin visitar mi diario! Pero es que, como amante que soy del arte, ya me es penoso separarme de ella, que es el arte en persona; y hasta la guitarra en sus manos salta a la vida y se hace algo de increíble animación, ya en brillantes vibrato, ya en líricas armonías, ya en apasionadas cadencias... Y de día o de noche, dormido o despierto la oigo cantar y reír, o la veo bordando filigranas en la seda o el lino, porque también es artista con la aguja y el dedal... Y ya no existe tiempo para leer el periódico, para dormir la siesta ni para pensar en ninguna otra cosa ajena a su garganta cuando canta, o ajena a sus manos cuando borda filigranas en seda.

Sin embargo, esta mañana tuve que hacer una llamada telefónica, y al momento contestó una voz desde otro extremo del hilo: "Oficinas de la Panaméricana, señor". "Habla el ingeniero Johnson. Hace 20 días reservé en sus aviones un asiento para mí, y..." "Y hoy desea cancelarlo, ¿no?", se adelantó, acertando. "Exacto. ¡Usted adivinó!" "No es adivinación. Es que todos han hecho lo mismo". "Comprendo —le dije—. Es que Guatemala vuelve a ser un bello país, o más bello que antes". "Sí señor. Así, dicen todos... Un momento, por favor". Se hizo una pausa. Comprendí que estaría buscando en el libro de registro de pasajes. Luego prosiguió, aparentemente leyendo: "Aquí está: Ingeniero Jorge B. Johnson. Salida: 16 de enero. Hora: 15.25. Destino: Belice..." "¿Dijo usted Belice?", le interrumpí: "Tiene gracia. De haberme ido en la fecha en que me presenté a ustedes, me habría visto entre dos fuegos..." "¿Entre dos fuegos?" El, ahora, me interrumpió. "¡Oh, perdón! —me excusé—. Si no hubo fuego más

que en los corazones de libertadores y libertados". "Precisamente. Y está servido, señor. Y si más adelante cambia de opinión y decide irse, no necesita hacer reservaciones, pues los aviones ahora están saliendo vacíos, regresando. en cambio, más que colmados". "Thank you, sir. Muchas gracias".

Pero, ¿qué oigo ahora? Es doña María que ha empezado a tararear. Voy a oírla de cerca...

Enero 20

Viernes

Hora: 11.00

Tendrás que disimular éstas mis ausencias, querido diario; pero en compensación te traigo hoy la noticia del siglo. (Pero veo que estoy personificando al diario. ¿Qué, me estaré haciendo niño otra vez?...) La noticia es... Pero vamos por partes.

Decía que estos días inolvidables se fueron sucediendo unos a otros como cuentas de un collar de luz, o como sartas de estrellas. Cada uno de ellos, serenos y dichosos, fué la expresión modulada de su cantar soberano, sin que hubiese descuidado, no obstante, ni una de sus solícitas atenciones de maravillosa anfitriona. Y he aquí que ya no podía estar sin oírla, ni podía estar sin verla, como si mi vida toda, por obra de magia, se hubiese entrado en ella y en ella se hubiese quedado palpitando, misteriosamente...

Pero esto no lo supe hasta llegado el clímax, tan excelso como inesperado.

Fué en la noche de ayer. Igonoro quién de los dos, si no los dos, sugirió cruzar la puertecilla del fondo y refugiarnos en el rincón soñador de su jardín. Estábamos, pues, rodeados de rosas, bajo un cielo claro y a la